

M. ANA DIZ¹

Juramentos

Que se me caigan las dos manos,
que se duerman los ojos
y para siempre quede con los pies
desorientados,
que no pueda olvidarme ni un instante
de mí misma.

Su cárcel lo sueña prisionero

Le tiembla la memoria
y el mar le corona de escamas la cabeza.

Una inminencia, un pasado
remoto a punto de llegar,
va enredándose con algo que viene
del futuro, una cara
que jamás ha ocurrido,
como una flor violeta de amarillo
corazón, con sombrero de ala ancha,
desconocida, inconfundible.
Quiere caer, pero la espera

¹ Especialista en literatura peninsular, ha publicado artículos y libros que recogen los resultados de sus investigaciones y su experiencia como docente universitaria en Lehman College, CUNY. Actualmente se dedica a la creación poética.

le inventa una cárcel
y la cárcel lo sueña prisionero.

Dinamiteros

Razón nombramos muchas veces
a las comunes operaciones del engaño,
al corredor por donde aúllan
ráfagas de jaurías furibundas
que quieren ganar a toda costa,
cultivan la religión del yo primero
y siguen la ley del empujarás a los que caen.

De cuando en cuando vienen a limpiar
el aire,
instantáneos, los dinamiteros.

En las alturas

Deposuit potentes...

“Humilló a poderosos
y elevó a los humildes,” canta el salmo.
Y así sin duda es a veces.

Habitan las laderas de los cerros
los pobres de los pobres.
Los que llegan más tarde
plantan sus casas de cartón con barro
en la última hilera y la más alta.
Bajan al llano cada día
a buscar agua. Con sudor
bendecido la llevan allá arriba,
a las alturas

ESCRIBA

*Pensando en Ganesh,
patrono de escribas, mercaderes y poetas*

Sé andar derecho por la criba del renglón, atento a la letra, de a ratos entreoyendo alguna sombra de significados.

Conozco la impaciencia. Recuerdo a veces lo que no conocí, como el calor del hogar completo, el ardor incontenente de la guerra, o su aterido frío, y de a ratos olvido lo que sé de inanes tempestades.

Alguna que otra vez encontré la palabra veraz, pero me faltó la constancia, y sobre todo, la entrega.

De a ratos los ojos se me gastan. Siento un brillo húmedo y todo está nublado. Cuando regresan los ojos al papel, lo ven todo más claro. Y cuando no ven bien, interpreto, intercalo algo que habré leído en alguna otra parte, y trato cuanto puedo de hacer invisibles esas pequeñas intrusiones en el texto que copio.

Me gusta contar los renglones que he llenado, y también las páginas. Los números son firmes y confiables.

Me gustan sobre todo el papel y la tinta, aunque sepa que dos o tres palabras pronunciadas en el momento justo valen más que los millares de letras que he copiado en mi vida. Jesús dibuja puentes con los que vinieron antes cuando invoca sus palabras. "Como está escrito," dice muchas veces, pero él nunca escribe.

En este mismo instante, estoy copiando de mi aliento lo que digo, a pesar de saber que a letra y voz se las lleva, más tarde o más temprano, el mismo viento.